

Don Carlos Brandt o el secreto de la eterna juventud

Elite, [1951].

El niño se ha puesto malo.* Pero ha sido así, de repente. Doña Zoraida Tortolero de Brandt corre apurada, con él en brazos a su habitación. Llama a la muchacha, ruega a Dios, avisa al médico...

– Lo hallé así, tan pálido, tendido en la habitación, de la cocinera, que me asusté... ¡Dios mío, que no sea nada!... ¿Qué haría Carlitos allí?... Carlitos tiene cinco años. Siente una angustia enorme, le parece que su pequeño estómago quiere escapársele por la boca; le envuelve un frío húmedo todo el cuerpo; y con sus ojos claros y brillantes llenos de inocencia mira alternativamente a su mamá y al médico, el Dr. Valbuena, que no aciertan a explicarse aquel súbito malestar.

– Arroje, mi niño, arroje... ¿Dónde está la cocinera?... Debe haber sido algún cabo de tabaco que ella tiene la manía de dejar sobre la mesa; el otro día vi al niño con uno de ellos en la mano... ¿Dónde está la cocinera?...

– Señora, ella salió a hacer una diligencia. No habrá podido regresar porque se ha puesto a llover muy duro... Fíjese la señora como se está poniendo el patio de agua...

Y estaba lloviendo duro de verdad. El ambiente estaba saturado de ese olor especial a tierra cocida...

– Y vea Ud. –me dice Don Carlos Brandt– después de aquello, cada vez que llovía y sentía ese olor acre, experimentaba la necesidad física de arrojar. Eso me duró como un año, y no hubo remedio capaz de curarme hasta que el tiempo se encargó de atenuar esa reacción por reflejo. Pero aún hoy me viene a la memoria el recuerdo de aquella angustia alguna vez...

Este es uno de los primeros recuerdos del celebrado escritor y filósofo que ha cumplido el 50º aniversario de haber escrito por primera vez para el público. Y aún guarda muy fresco en la memoria el recuerdo de aquella travesura. La cocinera vivía rodeada de un mundo de supersticiones, y tenía sobre la mesa de su habitación una serie de amuletos en mezcla irreverente con imágenes sagradas, iluminados con cirios encendidos como en un altar. Tenía además la manía de ir colocando en todo el borde de la mesa los cabos de tabaco que recogía por la casa. Carlitos le vió llevarse uno a la boca alguna vez. Y ese día quiso hacer lo mismo por su cuenta, ¡y se llevó el gran susto!...

– ¿Algún otro recuerdo, Don Carlos?

– Bueno, no es propiamente un recuerdo, pero me sucedió a mí, que es igual. Yo nací ahogado. Me lo contó el doctor Rosendo Pérez, famoso médico de El Tocuyo, a quien le corresponde la mayor parte de la anécdota. Al ver que no resollaba me zarandeó un poco, pero ¡qué va!... Y en aquel momento pasó un gallo cacareando por la habitación. El doctor no necesitó más: me encomendó a otras manos, agarró el gallo, le arrancó una pluma, me jorungó la garganta y reventé a llorar...

* Arazo teknikoengatik, idazlan hau ez dago osorik. Hutsuneen lekuan '[?]' adierazpidea erabili dugu.

Y Don Carlos Brandt, que es un filósofo nato, empieza ya a filosofar:

– ¿Cree usted que eso, que parece tan simple, se le hubiera podido ocurrir a uno de nuestros médicos de hoy?... ¡Qué va! Le hubiera pateado al gallo, por molestarle, y hubiera buscado algún aparato especial. Yo no reniego de los avances de la medicina, claro está, pero siempre digo que el empirismo tiene sus grandes ventajas... Y, a propósito, me viene a la memoria un sucedido que confirma esta opinión mía en favor del buen sentido, y un poco, ¡por qué no!, en contra de esa especie de "mecanización" especializada de la medicina. Yo era en aquel entonces intérprete de la Aduana de Puerto Cabello, y me encontraba en compañía del Dr. Daniel Rodríguez Rivero –que fué Rector de la Universidad Central en tiempos del general Gómez– esperando a la lancha que debía conducirnos a bordo de un barco que atracó aquella mañana para la inspección sanitaria de rigor. Uno de los que pescaba a caña a nuestro lado tuvo tan extraña mala fortuna que clavó su anzuelo, ¡dígame eso!... ¡en su misma lengua! ¡Por fortuna, dirá usted, que el doctor estaba allí!... El doctor Rodríguez Rivero observó la lengua del pescador, trató de sacarle el anzuelo, a costa de casi arrancarle la lengua, pero como los anzuelos están hechos para no salir tan fácilmente y no entendía de estas circunstancias especiales, se dió por vencido y ordenó que alguno fuera hasta su casa para traerle un bisturí: ¡un tajo, y eso estaba listo;... "Doctor –le dijo uno de los pescadores que formaban corro– no sea bruto, mejor traiga un alicate". Rodríguez le miró un poco sorprendido al insolente: "¿Un alicate?... ¿Para qué?"... "Sí, doctor, cortándole la punta al anzuelo, eso tiene que salir solo"... El doctor quedó corrido. Después, cuando nos separamos del grupo, me dijo: "Y mira que llamarme bruto ese animal, ¡y tener que hacer lo que me dijo un pescador!"...

* * *

Don Carlos Brandt nació en Miranda, Edo. Carabobo, el 11 de octubre de 1875. Su padre, Don Carlos Brandt, tenía negocios de haciendas en Yaracuy y Carabobo, y se dedicaba principalmente a la exportación de café. Su madre, Doña Zoraida Tortolero de Brandt, era una mujer hacendosa y buena, para la que Don Carlos tiene siempre un cariñoso recuerdo. Han sido seis hermanos: Juan Luis, Fernando y Augusto, el conocido compositor, ya fallecidos, y Asteria, María y Carlos. Hasta los catorce años, Carlos estudió en el Colegio del señor Cerrato, en Puerto Cabello, donde residía su familia. Y de esta escuela provinciana, incómoda, no guarda Don Carlos ningún recuerdo ingrato. El señor Cerrato era guatemalteco; celoso de su trabajo, duro, cruel; "tremendo", dice Don Carlos. Pero competente. Cuando a los 14 años pasó a Europa e ingresó en el "Pro-Gimnasium" de Hamburgo, sus nuevos profesores se admiraron de sus conocimientos de matemática, sobre todo. Y es que el señor Cerrato era un maniático de los números:

– Le mataron en un lance. Pero conviene subrayar aquí que a pesar de sus duros procedimientos pedagógicos, su alumnado le admiraba y le quería. Los muchachos tuvieron el gesto de construir en su memoria un pequeño monumento en el Cementerio Viejo. Y allí está todavía. Es un símbolo del tributo que se debe a la dedicación honrada, aunque fuera a costa de algunos palos...

Muy joven aún, viajó por Alemania y Francia. A los 19 años regresó a Venezuela. Con perfecto dominio del alemán, del francés y del inglés, había adquirido ya a tan temprana edad las bases de una sólida cultura. Su padre estaba empeñado en que Carlos fuera escritor, y le hacía traducir algunas obras que en aquella época eran muy celebradas. Don Carlos recuerda perfectamente el título del libro que tradujo en sus primeros pinitos en este difícil arte: "Una mirada retrospectiva del año 2000", del Profesor Bellamy. Pero de su propia cosecha no escribía nada aún. Ni tenía intenciones de hacerlo. Su padre le sermoneaba con frecuencia: ¡él quería ver un libro firmado por su hijo! Su hijo había estudiado, tenía afición a la lectura, conocía nada menos que cuatro lenguas... ¡debía escribir algo! Lástima que Don Carlos no escribiera por primera vez para el público más que a los tres años después de morir su padre.

Pero en aquella época juvenil de Don Carlos había más falta de confianza que de vocación. De ahí, quizá, la presión de su padre para sacudir aquella timidez y ayudarle a dar el primer paso. Porque en aquella época Don Carlos fundó un periódico: "El Torpedo", un micro-periódico de dos hojas tamaño octavo, escrito en grandes caracteres. El título parece exigir alguna intención demoledora de su contenido, pero ¡qué va! es un inocente juguete. Y vean ustedes: Carlos dirige, Carlos es cajista, Carlos busca avisos, Carlos imprime, ¡pero Carlos no escribe ni una sola letra para el periódico! Y aquí un dato interesante: Don Carlos puede aspirar a ser el cajista más viejo que queda en Venezuela. Bueno, y aquí una salvedad: digo viejo por el de "más edad". Porque Don Carlos disfrutará todavía de muchos años de juventud, de esa segunda juventud de corazón, que esa es la de verdad.

Pero Don Carlos estudia, lee mucho. Siente especial predilección por algunos autores. Le agrada entonces León Tolstoi. Ha leído algunas de sus obras, y está perfectamente de acuerdo con su filosofía. Y un buen día se atreve a escribirle. Don Carlos tiene entonces 25 años. Y acontece algo providencial: León Tolstoi contesta a su admirador venezolano. El Destino ha puesto a Don Carlos Brandt en el camino de ser escritor. Se inicia así una correspondencia regular entre maestro y admirador. En la capital provinciana muchos conocen esta envidiable relación. Y una de estas cartas causa una verdadera conmoción: León Tolstoi pide a Don Carlos que traduzca su obra: "Serias conspiraciones sobre el Estado y la Iglesia", y que le escriba un prólogo. Francamente, él no esperaba tanto. El muestra con orgullo su carta. Algunos le alientan, los menos. Otros, los más, tienen alguna frase despectiva y envidiosa: "¡Con eso no se va al mercado!... ¡Eso da poca plata, hermano!". Pero a Don Carlos le importa poco la plata. Y escribe el prólogo. Este es el primer trabajo que escribió para el público. El libro se editó en la Imprenta "Cooper" de Puerto Cabello. Y el libro dice en la portada: 1901. El libro tuvo aceptación. Gustó el prólogo. El destino de Carlos Brandt era el de ser escritor. Y lo ha sido, fecundo en obras y magnífico en contenido. Corre el año de 1904. Don Carlos Brandt tiene entonces 29. Mientras escribe y estudia, posee una librería que ha establecido en una pequeña pieza en la calle de Lanceros. Y le ofrecen un puesto envidiable: intérprete de la Aduana con 1.200 bolívares de sueldo al mes. En 1904 eso representaba mucha plata. Otro lo hubiera aceptado sin vacilar. Don Carlos rechaza la oferta. Alguien le insinúa que el general Gómez puede interpretar el gesto como un desaire. Pero él no cede. Insisten de nuevo, y al fin consiguen que acepte el puesto. Para

entonces colaboraba asiduamente en la Revista española "Las Dominicales", de significación revolucionaria, propiedad de Don Fernando Lozano. Y publicó su primer libro: "El Modernismo". ¿Éxitos económicos? Ninguno. Nunca los tuvo. Pero su obra ha sido muy difundida, muy elogiada, y ha salido al exterior con éxito. Eso basta para colmar las mayores ambiciones de un novel. Y Don Carlos nos cuenta con emoción que hace dos semanas le fué solicitado el único ejemplar que le quedaba de esta primera obra suya, por el Tnte. M. Blanco Castillo, y la copió a máquina. "Antes no quedaba más que un ejemplar conservado, que yo sepa, ahora quedan por lo menos dos". De cualquier manera, la obra de Carlos Brandt ha de sobrevivir.

Del tiempo en que estuvo Don Carlos ocupando ese puesto de intérprete de la Aduana recuerda muchas anécdotas. Pero me ha pedido especialmente que mencione una, por lo "aleccionadora":

– Atracó un día del año 1909 un barco de calado desacostumbrado en Puerto Cabello. Cuando subí a bordo, me preguntó su Capitán a qué barco iba destinada la caldera que transportaban. Entonces comprendí que aquel extraño y enorme bulto de sobrecubierta, que estuvimos comentando desde tierra como una forma de barco nunca vista, era una caldera descomunal destinada a un barco. Yo le dije que no podía acoplarse aquel armatoste a ninguno de los faluchos con que contábamos nosotros. El Capitán se rió de buena gana: "¡Pero si hemos tenido que esperar a que botaran al agua este barco, de tonelaje adecuado para transportar ese mastodonte!... ¡Y hasta a nuestro barco le viene ancha esa caldera!" Yo no hice ningún comentario, me corrí un poco; aquel Capitán nos tomó por unos presuntuosos, y por tontos, por añadidura. ¡Cosa que no era verdad, porque la verdad era otra! Pues hubo que dragar y todo para conducir a tierra la enorme caldera. Hoy, después de 42 años, todavía está allí, en Puerto Cabello. Se le cubre de pintura todos los años. Con ese dinero mismo se hubiera podido comprar casi otro barco para la caldera. Acaso exagere un poco, pero en aquel tiempo se exageraba más. Se comentaba entre bromas y veras que lo de la caldera era un simple error de medición. Le encargaron del trabajo de dar las medidas a un sastre chambón, que se pasó de largo en un descuido. Otros decían con malicia, y sin razón, que "mientras mayor" la caldera, mayor era la comisión". En fin, malas lenguas. Esto indica la manera ligera que tenemos nosotros de hacer las cosas. Y he dicho que la caldera sigue en Puerto Cabello. Cualquiera la puede ver. Aquello parece un monumento con una "mano" de pintura señalando con el dedo una llaga.

Con Carlos Brandt tiene 76 años. Y no lo parece. Con ese flequillo entrecano, pero rebelde, de muchacho; con su imperceptible línea de bigotito vertical, que más parece un arote nuevo que un resto; con su ágil y aguda conversación, y su risa, una risa sin amargura. Don Carlos queda casi en la mitad de su edad. Si le ven andar, erguido, un poco inclinada la cabeza, las manos atrás, todavía le quitan años. Pero como a mi me parece más joven es sentado. El desenfado con que cruza la pierna, ágil, seguro, vale un decreto divino de [?]